

Una chica normal

Ana Maria Sahagun Gonzalez

Image not found.

Capítulo 1

Una chica normal

Érase una vez una chica. Era una chica normal y corriente, como todas las demás. Estatura media y peso normal, pelo castaño, ojos castaños. Esta chica no podía parar de pensar. Miraba a la gente y se comparaba con ellos. A veces se sentaba en los bares a escuchar a la gente charlar, y se preguntaba si alguna vez alguien en algún lugar la habría escuchado con atención mientras hablaba con sus amigos. Alguna veces, la mayoría de las veces, la gente hablaba de cosas triviales. A la chica le parecía como que la gente eran actores y actrices embutidos en la obra teatral de sus vidas, que no se daban cuenta del papel secundario que desempeñaban en realidad. Veía a la gente cambiar de temas de conversación, siempre apropiados según la edad, sexo y otras variables circunstanciales.

Esta chica, un buen día, fue a un bar con sus amigos a beber unas cuantas cervezas, bailar y reirse. La gente a su alrededor hacía lo mismo, bailar y reirse. Era sábado y tenía veintipico años, así que era lo que tocaba. Entre la gente, un chico se fijó en ella. Ella se fijó en el chico. Esa noche se conocieron, charlaron y al final también se besaron. Al día siguiente, el chico la llamó por teléfono. A la chica eso le preocupó, porque no esperó los tres días de rigor para llamarla. Mientras que le pareció entrever un signo de ansia en aquel gesto, también le pareció dulce que se deshiciera de las convenciones sociales y diera un paso adelante. Bebieron café muchas veces, se acostaron juntos, unos días follaron, pero muchos otros hicieron el amor. La chica había follado muchas veces, pero nunca había hecho el amor. Aquel cambio de circunstancias le parecía refrescante, nuevo, incitante, pero sobre todo era un alivio poder confiar en un hombre por primera vez en su vida. Pero alrededor de ellos había mucha gente, mucho ruido de gente en sitios, haciendo cosas, pensando y opinando, generalizando, discerniendo. La chica se seguía sentando en los bares y escuchando las conversaciones triviales de gente que en realidad no le importaba. Pero allí estaba la chica, y allí estaba la gente. Los temas de la gente iban evolucionando. Ya no era tanto hablar de chicos y fiestas, sino de responsabilidades e hipotecas. La gente reía y hacía bromas, pero a más edad cumplían, menos bromas hacían y menos reían. Poco a poco iban llegando niños pequeños a las mesas de los bares. Eran minúsculos, unos bebés a veces, pero lo ocupaban todo y acaparaban el punto de atención de cada conversación. La gente a la que la chica escuchaba, que a veces era interesante, se volvía insulsa en conversaciones monotemáticas. Pero el problema no eran los niños. El problema era la curiosidad que se desvanecía a medida que la gente iba descubriendo el mundo. Ya nadie discutía de filosofía, ni de amor, ni de lujuria, ni de cine o libros. La chica empezó a sentarse en los bares, como antes, pero esta vez llevaba un libro y leía, o miraba para su teléfono móvil, como hacía todo el mundo.

Se dio cuenta de que si alguien cotilleara con atención sus conversaciones con sus amigos o su novio, se daría cuenta del agujero vacío en el que había caído. En cuanto vio la luz alumbrando este punto de su alma, la chica no pudo ver nada más. Se dio cuenta de que su vida estaba abocada al fracaso, a una hipoteca que no necesitaba pero que la iba a esclavizar por el resto de su vida, y que debía tener hijos para dejar algo de sí misma en el mundo, y de que ya no se reía nunca, y cada vez hacía el amor menos, y de que ya no le atraía ni pensar en el sexo, ni en el amor, ni le gustaba leer ni rumiar temas profundos. Sólo quería sentarse a ver la tele, día tras día, hasta que muriera.

La chica dejó a su novio. Fue un día muy triste para él, pero tremendamente liberador para ella. Ese día, la chica lloró diez minutos, y durmió diez horas. Hacía mucho que no dormía tanto ni tan profundo. Los días, semanas y meses que siguieron a este capítulo de su vida fueron una auténtica aventura. Lloró muchísimo y se arrepintió muchísimo de lo que había hecho. Al fin y al cabo, nadie deja a un hombre que te ama con locura y te hace la vida sencilla. Pero la chica había decidido que no quería una vida sencilla, ni amor, ni hipotecas ni niños. Quería locura y aventura, y que cada día fuera un recuerdo.

Llegó la primavera y la chica conoció a más hombres, de los que sólo buscan pasar un buen rato. Pero ése también era el objetivo de la chica. Viajó mucho, bebió mucho, estudió mucho, buscó y buscó su camino. La chica se dio cuenta de que, aunque aparentemente tuviera una apariencia normal, casi aburrída, en su cabeza burbujeaban ideas sin parar. Como no podía dejar de pensar, dejó de dormir una temporada, pero aprovechó el tiempo para ver todas las películas del mundo y leer todos los libros de la biblioteca de la Universidad. Se sacó otra carrera y aprendió japonés. Decidió viajar aún más y por mucho tiempo la chica no estaba. Pero un día tuvo que volver.

Y volvió. Se sintió sola, porque cuando te vas, tus amigos a veces deciden seguir adelante con sus vidas. Nadie les puede culpar, el mundo está hecho de esa manera, para que te sientas aislado si lo que buscas es otra cosa. La chica no podía evitar sentirse sola y abandonada. Decidió arreglar su vida y dejar un hueco al día al aburrimiento, porque pensó que ese hueco algún día lo rellenaría con una persona.

Se mudó de ciudad, encontró un trabajo formal y renunció a algunos sueños por el camino. Un día, conoció a otro chico. Con él también hizo el amor, y los dos empezaron a salir juntos. Se parecía en mucho al chico de antes, pero no físicamente. Los dos amaban a la chica con locura y la acunaban en sus brazos por la noche. Ella se dejaba amar y creía ver en el nuevo amor una oportunidad de resarcirse por todo lo que hizo mal con el chico de antes.

Hoy mismo la chica se ha sentado en un bar. Estaba terminando de leer una novela de amor mientras dejaba su ropa lavando en la lavandería. A su lado, había un grupito de mujeres de unos 40 años, riendo como hienas. Hablaban de cosas del trabajo. Enseguida, la chica se dio cuenta de que trabajaban de lo mismo que ella. Hoy es domingo, y la chica no tiene ganas de escuchar conversaciones sobre el trabajo, no quiere ni

pensar en él. Pero piensa en el trabajo y se pregunta qué ha sido de los otros sueños que abandonó por seguir viviendo. La chica tendrá 40 años también , un día no muy lejano. Tiene la sensación de que su tiempo útil se acaba. Le entra un ataque de nostalgia. Mientras recoge la ropa de la lavandería, la chica llora.